

Lukes, Steven.
El poder. Un enfoque radical.
Madrid. Siglo XXI Edit., 1a. ed.,
1985. 86 pp.

Hablar sobre Steven Lukes implica

referirse a uno de los más serios exponentes con que dispone actualmente la sociología y la politología británica contemporánea. Su obra, por desgracia, no ha contado con la difusión de que han disfrutado, por ejemplo, gente como Anthony Giddens, Tom Bottomore o John Rawls. Sirva pues, aunque sea en términos fragmentarios, esta pequeña recensión, como un medio para introducir y resarcir en parte, la prolongada ausencia que los trabajos de Steven Lukes mantiene en nuestro medio latinoamericano.¹

Lukes forma parte de una generación intelectual (nace en 1941) que adoptarán al radicalismo como bandera política e ideológica; como un medio que cuestionará las anquilosadas estructuras culturales que preservan aislada a una nación por donde todavía corre el fantasma del pasado imperial, entreverado con el fatalismo existencial de la postguerra. Cauces ambos que impiden restaurar una cohesión intersocietal y que crea, para jóvenes como Lukes, a partir de los años sesenta, la necesidad de lanzarse a llenar vacíos conceptuales que les explica-

sen a ellos mismos, así como llevar a cabo una lucha colectiva que debía ir más lejos de las tradicionales posturas reivindicatorias del 'citizenship'; que tendría que extenderse hacia una crítica de las prácticas institucionales cada vez más representativas de una dominación y reducción jerarquizadas por élites sobre una amorfa sociedad-masa.

Paradójicamente, los alcances de estos cuestionamientos arriban al fondo de las bases históricas del pensamiento político anglosajón, cuyas contribuciones parecían haberse detenido en hombres como Sir Isaiah Berlin, Quentin Skinner, Friedrich Von Hayek, Karl Popper o Ralph Dahrendorf, por citar algunos. De forma directa, los radicales recogieron un campo de reflexión que se consideraba ya agotado por aquellos: la investigación teórica y filosófica dentro de la política y la historia de las ideas.

Tres parámetros del poder.

En *El poder. Un enfoque radical*, Steven Lukes rastrea cuáles son los escenarios o 'dimensiones' donde los principales pensadores contemporáneos han colocado la concepción y el ejercicio de la dominación. Como primera referencia al respecto, Lukes menciona que entre las características del poder se encuentra detectar no sólo los terrenos que nos hablen sobre la capacidad de poseerlo (cuestión ligada a la responsabilidad y conciencia individual o colectiva del mismo), sino además con relación a cómo éste es empleado (que define el problema de la evaluación y eficacia de sus fines).

Sobre el segundo de los elementos aquí mencionados, se centra el

¹ En esta situación ha contribuido esencialmente, la lenta disponibilidad de materiales al castellano sobre y de sus obras. Cabe citar que, con excepción de *El individualismo* (trad. esp. Península, Barcelona, 1975), el resto de sus trabajos han tenido que esperar un largo periodo para ser difundido. Por ejemplo, su estudio *Emile Durkheim. Su vida y su obra* (trad. esp. Siglo XXI Edit. Madrid, 1984) tardó once años para ver su versión española, no obstante ser reputado como la biografía intelectual más completa sobre el sociólogo francés; Por último debe mencionarse que permanecen sin traducción dos libros más del autor: *The Good Society* (London, Methuen, 1971), y *Essays on Social Theory* (London, Macmillan, 1977).

estudio de la llamada corriente unidimensionalista (que Lukes asocia con la obra de Robert Dahl). La medición evaluatoria de esta capacidad ejecutora del poder no se vislumbra en términos étnicos ceñidos a la bondad o maldad del mismo; se adscriben a los criterios de considerar su éxito o fracaso alrededor de la toma de decisiones que se expresa en cada acto del gobernante o de quien posee capacidades de influencia o autoridad. Mientras más éxitos se logran, es evidente que mayor capacidad de poder real se obtiene; delimitándose así el nivel de acumulación que determina en su caso, la ubicación jerárquica del individuo dentro de la sociedad.

En este enfoque, las situaciones conflictivas son el marco idóneo que facilitan diagnosticar concretamente, los diferendos de intereses que deben ser reducidos a través del poder. En suma, el unidimensionalismo concibe al poder como cualidad que permite la regulación de situaciones disruptivas donde prevalecen divergencias que requieren ser controladas.

Con todo, Lukes rechaza de esta perspectiva de análisis, el que tales intereses puedan ser asumidos con absoluta certeza y convencimiento entre quienes están involucrados, tal y como lo manejan los unidimensionalistas. Para Lukes, nunca pueden haber definiciones auténticas o puras que sean incapaces de verse permeadas de ideas o principios que no estén forzosamente presentes al momento de la situación de conflicto.

Con relación al enfoque bidimensional, el autor trae a colación las propuestas elaboradas por Peter Bachrach, las cuáles, si bien aprueban como válidas las aportaciones del

primer enfoque, conciben por su parte que una toma de decisiones no se resuelve en términos directos, sino que en ella intervienen diferentes probabilidades, cuya influencia puede ser en cierto momento acaso más importante que la propia decisión tomada en definitiva por quien ejerce el poder. Esto es: junto al elemento coactivo que obliga al acatamiento de un orden, también se agregan argumentos persuasivos que coaccionan, convencen y conminan a la adopción como propios, de los intereses no declarados que van detrás de cada decisión (que Lukes denomina como la situación 'subyacente' del poder).

En este caso, la capacidad coercitiva se sustenta mediante la presentación de situaciones que van desde la amenaza hasta el mejoramiento colectivo que se obtendría según el rechazo o aceptación que el individuo mantenga frente a su interlocutor. La tipología del poder para los bidimensionalistas no se restringe al ejercicio del mismo, sino también analiza los medios en que se apoya (Lukes recupera situaciones de coerción, influencia, autoridad, fuerza y manipulación).²

² Para proporcionar una mayor claridad respecto a las características que involucran cada concepto, debe decirse que la *coerción* implica un condicionamiento que de no acatarse puede conllevar una sanción que prive al individuo de su seguridad física o moral; en el caso de la *influencia*, supone una capacidad de poder que se sustenta en el ascendiente que puede ser detentado por un familiar o amigo. La *autoridad* expresa reconocimiento hacia quien le obliga a una clase de comportamiento en función de gozar una posición pública jerarquizada dentro de la(s) organización(es) en que éste participa (tal es el caso, un sacerdote, un padre de familia o un funcio-

El poder tiene que conocer preventivamente, las zonas de conflicto que pueden aparecer dentro de la sociedad. Para los bidimensionalistas, el poder se expresa cotidianamente y no sólo en las problemáticas de excepción o de conflicto irreconciliable.

Como tercera perspectiva de estudio, el enfoque tridimensional del poder (de la cual es partidario Lukes) pretende señalar que la toma de decisiones no proviene exclusivamente de situaciones particulares concretas que motiven una relación exclusiva entre individuos, sino que éstos en muchas ocasiones, se manifiestan como síntesis de comportamientos colectivos o estructurales (vistas como acciones derivadas a partir de la pertenencia a un partido, sindicato, raza o religión, etc.); en tales circunstancias, el ejercicio del poder implica, además de conflictos individuales aislados, la existencia de pugnas ideológicas entre diversos proyectos de organización social. Para Lukes: (. . .) el control del pensamiento adquiere un sin fin de formas menos totales y más mundanas, a través del control de la información, de los medios de comunicación y a través de los procesos de socialización". (p. 23)

Ahora bien, este enfoque permite señalar un rechazo adicional a las hipótesis conductistas (enfoques

nario). La expresión de la *fuerza* refiere sin más, un acto directo de sometimiento para obtener así una conducta determinada sin alternativa alguna. Finalmente, la *manipulación* es el asendiente de poder donde se coluden la intervención de terceros para obtener cierta forma de comportamiento; también puede expresarse mediante engaños que no dan a conocer la verdadera naturaleza del poder al cual el individuo se somete.

uni y bidimensional) al mencionar que sería imposible pensar que allí donde no hay conflicto exista consenso, dado que muchas de las inconformidades latentes no tienen porque expresarse a través de demandas políticas institucionales que interpelen a las jerarquías. Estas pueden asumir prácticas de oposición sistémica abierta sin indicio anticipatorio alguno.

Más allá del individualismo metodológico

En lo que podemos situar como una segunda vertiente crítica dentro del estudio, Lukes conviene en marcar más puntualmente las alternativas ofrecidas por otros autores partidarios como él, del enfoque tridimensional del poder.

Primeramente, Lukes sopesa las propuestas que hacen por ejemplo, Talcott Parsons, de quien recoge una interpretación que concibe al poder como un mero mecanismo instrumental a disposición de quien detente las posiciones jerárquicas; lo que implica una subjetivación autónoma del poder respecto a los individuos, donde a final de cuentas, los objetivos personales se trasmutan como objetivos naturales del sistema político.

Por otra parte, si se concibe al poder en tanto un valor político que individualmente interpreta a un determinado dispositivo ideológico colectivo (tal como lo piensa John Rawls); o quizá como un principio permanente y único de concertación colectiva institucionalizada (acuerdo de voluntades, según Hannah Arendt), donde la fuerza se define como una ruptura deslegitimadora del orden común dado originalmente en el pueblo, se está concibiendo

una posición en donde el poder se excluye del elemento de violencia para mantenerse como tal.

En tales condiciones, para Lukes, tanto las proposiciones de Parsons, Rawls y Arendt se concretan en el fondo, a procurar fórmulas más sofisticadas de subordinación y de neutralización que faciliten crear metas asociativas que vayan desde un ejercicio específico de poder hasta concitar prácticas racionalizadas colectivas. Sin embargo, estas versiones 'benignas' apelan a consideraciones como fomentar la confianza, la credibilidad (que se traduce finalmente en legitimidad del poder) entre los gobernados, así como de responsabilidad entre los gobernantes; lo que convierten a estas suposiciones en una estéril búsqueda de relaciones paternas y no con sentido político, por lo que en muchos aspectos son proposiciones poco viables en un futuro inmediato.

En este orden de ideas, las consideraciones de estos últimos autores termina por ratificar la observación de Lukes relativa a mencionar que quien detenta poder en múltiples ocasiones no lo percibe o no lo pretende ejercer como tal. He aquí que el enfoque tridimensional destaca que la racionalidad no desempeña un rol consustancial de dominio, pese a que por sus implicaciones lógicas, determina en buena medida que el poder para ser eficaz, enfrente la contradicción de pretender una igualdad de principios cuando se le promueve colectivamente, mientras que su realidad expresa una subordinación hacia un status determinado.

Víctor Alarcón Olguín
Depto. Est. Pol./CIDE.